

La noche de los tiempos

JOSEP OTÓN

El patriarca Abraham tuvo un hijo, Ismael, con la esclava Agar. Dicen que Sara, su esposa, humillada por su esterilidad y despreciada por un adulterio encubierto, en un arrebato de celos, se las ingenió para castigar a su competidora. La mutiló sexualmente para que dejara de sentir placer cuando estuviera con un hombre.

Este es el supuesto origen de la ablación, la mutilación genital femenina, una práctica que afecta a millones de mujeres, sobre todo en el continente africano. Ni en la Biblia ni en el Corán se encuentran referencias a este relato legendario. Se trata de una costumbre ancestral, anterior a la islamización, que se ha ido perpetuando. Por iniciativa de las Naciones Unidas, cada 6 de febrero se celebra el Día Internacional de Tolerancia Cero con la Mutilación Genital Femenina para luchar contra una práctica que vulnera abiertamente los derechos humanos más elementales.

Se priva a la mujer de una dimensión de su cuerpo que la condena una vez más a vivir en inferioridad de condiciones respecto al hombre. Las víctimas son sobre todo niñas menores de edad. La intervención, normalmente realizada con un instrumental rudimentario, inflige un dolor insoportable y puede generar hemorragias e infecciones. Un acto de violencia. Y tal vez la cultura occidental afronta esta cuestión desde una altivez ética, un cierto etnocentrismo revestido de superioridad moral. El camino para su abolición es reivindicar la grandeza de la condición humana que no puede ser empañada por ninguna creencia, ni mucho menos por la inercia de comportamientos sociales cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos. *

